

TOMAS ALFARO FOURNIER, UN VITORIANO DESENCANTADO

Gracias a un amigo ha llegado a mis manos el libro de Tomás Alfaro Fournier *Una ciudad desencantada (Vitoria y el mundo que la circunda en el siglo XX)*, editado por la Diputación Foral de Alava en 1987. La publicación de este inédito se debe al universitario Antonio Rivero Blanco. De entrada queremos valorar y saludar este rescate que no se limita, como a veces se acostumbra, a la simple publicación del texto. El manuscrito viene acompañado de una introducción, notas y abundantes fotografías del Archivo Municipal de Vitoria, pero se echa de menos un índice onomástico, elemento que no faltaba en el anterior *Vida de la Ciudad de Vitoria* (Ed. Magisterio Español, Madrid 1951).

En aquel libro Alfaro interrumpía su relato en 1876, al abolirse los Fueros, “cuando otros usos y costumbres invadieron el ámbito vitoriano” y, precisamente, daba el título de “la ciudad desencantada” al último capítulo. Este nuevo volumen viene a ser la prolongación; arranca, por tanto, en lo cronológico, de la Restauración alfonsina y concluye con “el apuñalamiento” (sic) de la Constitución a manos de Alfonso XIII y del general Primo de Rivera en septiembre de 1923.

¿Por qué el autor mantuvo el adjetivo desencantada? La pérdida foral había sido la clave del desencanto vitoriano y alavés en 1876. Tomás Alfaro como buen liberal-fuerista participa de esta desilusión colectiva, pero cuesta esfuerzo prolongar los motivos del desencanto y hacerlos extensivos a toda la población hasta avanzado el siglo XX. Hay más bien un deslizamiento y donde dice *ciudad desencantada* sugeriría que leyéramos *ciudadano desencantado*. Baste pensar en la biografía de Alfaro, que se identifica con el fracaso republicano, y en los años (1952-1960) de pleno franquismo durante los que el libro se redactó, para entender la vigencia del adjetivo.

Tomás Alfaro, historiador

La historia de Vitoria se enmarca en la de España y en la de Europa, de lo que resulta una triple crónica que pretende superar el localismo ligando los acontecimientos vitorianos a un contexto más general, al mundo “circundante”. Esta manera de historiar ilustra la ambición de Alfaro y su conciencia humanista del más puro republicanismo (véase la declaración de principios de la página 17). Sin embargo, no tienen el mismo valor las partes dedicadas a unos o a otros temas; así, en la correspondiente a la 1.ª guerra mundial es inútil buscar una aportación personal, salvo cuando se trata de las repercusiones del conflicto en España o en Vitoria. En el mejor de los casos pueden leerse estos capítulos como exponentes de una retórica a lo Blasco Ibáñez que aflora incluso en los títulos escogidos: “Los grandes señores de la guerra y los paladines de la paz”, “Los jinetes del Apocalipsis”. ¿Cuáles son entonces los méritos de esta crónica?

A nuestro modo de ver, Alfaro es mejor historiador de Vitoria que de España. En su recorrido por nuestra ciudad carece además de precedente en el que apoyarse, su trabajo es absolutamente pionero, mientras que para las instituciones y la trama política española reconoce de forma explícita el magisterio de Melchor Fernández Almagro. Resaltamos, por consiguiente, como primordial el valor de fuente para la historia local. Cualquier joven investigador puede encontrar aquí punto de arranque para una monografía, trátase del nacionalismo vasco, de la sociedad vitoriana o del fenómeno del datismo. Rivero Blanco es el primero en descubrirse ante Alfaro. Que su homenaje sea también el nuestro.

La memoria republicana de Vitoria

A pesar de la publicación tardía de este texto, no deja de ser notable que las diferentes copias existentes del mismo, algunas de las cuales son señaladas por Rivero en el prólogo, circularan mecanografiadas entre viejos, y no tan viejos, republicanos. Así, quien esto escribe pudo leer en 1977 un ejemplar que poseía el farmacéutico Antonio Buesa. Hay motivos para creer que Tomás Alfaro procuró asegurar la posteridad de su empeño, haciendo legatarios del libro a la ciudad de Vitoria, por un lado, y a sus correligionarios, por otro. Es en este punto del republicanismo donde nos ha defraudado la introducción de Rivero Blanco. Puede servir de excusa el hecho de que la historia del republicanismo en Vitoria esta por hacer. Con todo, la semblanza biográfica sabe a poco.

Se nos dice, en efecto, que Alfaro fue alcalde *de facto* de 1931 a 1936, “el período más denso en acontecimientos del Vitoria contemporáneo”, pero se nos dan muy pocas precisiones de su actuación política. Por ejemplo, ¿cuál fue el protagonismo de Alfaro en el momento de la proclamación de la República, o en las luchas intestinas entre las diferentes organizaciones republicanas, o el 18 de julio de 1936? Existe respuesta, aunque fragmentaría, a algunos de estos interrogantes.

Alfaro desempeñó un papel unitario de primera importancia en 1933, cuando la división era máxima entre los republicanos alaveses. Junto con José

Luis Apraiz y Luis Marañón organizaba un mitin Pro Unión Republicana en el Ideal Cinema e intervenía no en tanto que miembro de Acción Republicana, el partido de Azaña, sino como independiente. Recordaremos que en 1931 era elegido por la minoría el republicano Félix Susaeta y que en esta nueva elección se trataba de presentar un candidato único por parte de republicanos, radicales y socialistas. En su discurso Alfaro propugnaba un candidato de unión nombrado por las bases y no sugerido por las direcciones de los partidos. El semanario *Alava Republicana* donde he recogido la información (2.^a época, n.º 2, 8 de noviembre de 1933) se proclamaba entonces órgano de la Unión Republicana Alavesa.

La acción de “los mosqueteros de la República”, como llamaba el diario *La Libertad* a Alfaro, Apraiz y Marañón, no daba resultado y el candidato Félix Susaeta no lograba repetir legislatura. Tampoco obtenían acta los otros dos republicanos menos plebiscitados, el radical-socialista César Castresana y el radical Narciso Amorós. El nacionalista Landaburu fue diputado por la minoría y habrá que esperar a febrero de 1936 para que se imponga, en representación del Frente Popular, el republicano Viguri. Ni qué decir tiene que, de los dos diputados que correspondían a Alava, el de la mayoría siempre fue el invicto cacique tradicionalista José Luis Oriol.

En cuanto al levantamiento militar de julio de 1936, la noche del sábado 18, Alfaro, en su calidad de alcalde, trató de reunir a socialistas y republicanos en el Gobierno Civil (el anarquista Daniel Orille le propuso incluso que desarmara a los guardias municipales); no llegaron a tomarse decisiones por incomparecencia del gobernador Navarro Vives. El domingo 19 ya era demasiado tarde para oponerse eficazmente a los militares rebeldes; en la madrugada, el teniente coronel Camilo Alonso Vega, obtenido el apoyo de los generales García Benítez y Gil Yuste, sacaba la tropa a la calle y se hacía dueño de la situación.

Narra Rivero la posterior desgracia y prisión de Tomás Alfaro. Aunque sea tan sólo un detalle, añadiremos que sufrió prisiones, puesto que, después de Vitoria, estuvo encarcelado en Burgos y en el fuerte de Guadalupe de Fuenterrabía reservado a los militares. Posiblemente “benefició” de este encierro debido a su pasado de oficial de complemento en la guerra de Marruecos. Parece excesivo, sin embargo, escribir que tuvo suerte, sí bien es cierto que la corrió mejor que el centenar de personas que se cargaron los del glorioso alzamiento en los primeros meses de la guerra en Vitoria. Salió, en efecto, mejor librado que algunos compañeros de ideario, pero quedó marcado de por vida porque, a su bando, le tocó perder. Acaso la derrota le impulsase a tomar la pluma con el ánimo de hacer la historia de su ciudad. Pero... ¿se enterarían los vitorianos algún día de la existencia de un Tomás Alfaro edil republicano y cronista? Señala Rivero que el Ayuntamiento ha hecho saber ya que hubo un Tomás Alfaro pintor.

Miguel Peciña Anitua